

¡UH, AH!



La vida ilustrada de Hugo Chávez Frías

DE ARAÑERO A SOLDADO



República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial

elperroylarana

**BASADO EN EL LIBRO TODO CHÁVEZ
DE ELEAZAR DÍAZ RANGEL**

¡UH, AH!

**La vida ilustrada de
Hugo Chávez Frías**

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

© Fundación Editorial El perro y la rana / Centro Nacional de Historia, 2015

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.cnh.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Editorialelperroylarana

Twitter: @perroyranalibro

Concepto y desarrollo editorial

María Elena Rodríguez

Guión

José Gregorio Bello

Ilustraciones

© Cooperativa de creadores audiovisuales El Nuevo Círculo

Edición y corrección

Joel Rojas C.

Diseño de portada y corrección de imágenes

Daniel Duque

Diagramación

Daniel Duque

Impresión: 2015

Hecho el depósito de ley

Depósito legal lf 40220148003320

ISBN 978-980-14-2903-6

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



¡UH, AH! LA VIDA ILUSTRADA DE HUGO CHÁVEZ FRÍAS

I. De arañero a soldado

Un niño de Sabaneta, con el alma llena de saberes de Los Llanos transmitidos por sus ancestros y ancestras, con ese sentido de inmensidad y ganas de aprender, se abría paso en la vida. Con la humildad de conocer sus orígenes, en un pequeño pueblo, comenzó a crecer como cualquier otro niño, llenando de anécdotas su historia. Vendía “arañas” de la cosecha de Rosa Inés, su siempre recordada abuela.

Para proseguir sus estudios se mudó con sus padres a Barinas, la capital del estado. Eran los años de la inocencia, esos cuando se vislumbra en el horizonte una gran carrera: Hugo Rafael, ese niño de Sabaneta, quería ser beisbolista, y lo hacía bien, como todo lo que se proponía. Esa habilidad, junto con su inteligencia, lo haría ingresar en la Academia Militar, en Caracas, a donde se trasladó apenas se graduó de bachiller.

Chávez egresó de la Academia Militar con sus sueños acrecentados, con la conciencia aún más despierta, hermanado profundamente con la acción y el verbo de Bolívar, El Libertador, guía y respaldo de la lucha por venir.

Enseguida le fue asignado su primer cargo en el Ejército. Comenzó a foguearse en la práctica, en el recorrido por la tierra grande de Venezuela, a adquirir un conocimiento vivo del territorio, de sus habitantes, de sus contrastes y relieves.

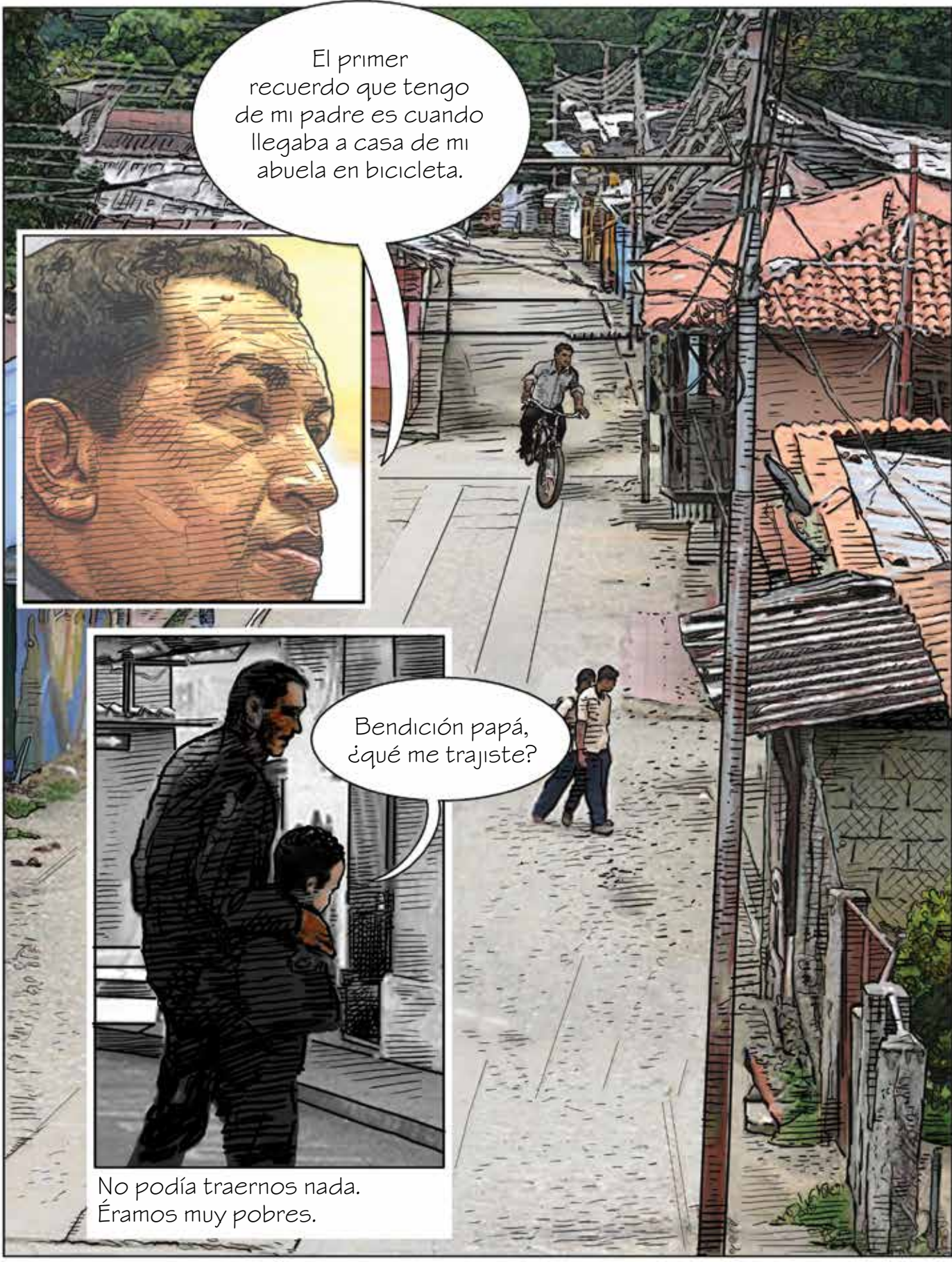
Imbuido de la sagrada pasión por defender a la Patria iba observando de cerca la situación que imperaba en el país, notaba las grandes contradicciones de la “democracia” representativa y de las Fuerzas Armadas conducidas, por intereses contrarios al mandato bolivariano, a defender aquel régimen de estafa y oprobio contra el pueblo.

Avanzaba la crisis económica, social, política y sobre todo moral, y Chávez, hombre de pensamiento y acción, iba sintiendo cada día con mayor convicción la decisión revolucionaria de tomar partido a favor del pueblo débil y oprimido, de entregar en beneficio de este, su energía y su suerte. Más tarde sería testigo del llamado Caracazo o Sacudón... del primer signo de la Revolución popular que luego él, junto al pueblo, comandaría.


Esta es su historia...

DE ARAÑERO A SOLDADO



A man is riding a bicycle down a narrow, unpaved street in a shanty town. The buildings are made of corrugated metal and wood, with some having tiled roofs. The scene is rendered in a sketchy, textured style.

El primer recuerdo que tengo de mi padre es cuando llegaba a casa de mi abuela en bicicleta.

A man and a young child are standing in a doorway. The man is on the left, looking towards the child on the right. The scene is rendered in a sketchy, textured style.

Bendición papá, ¿qué me trajiste?

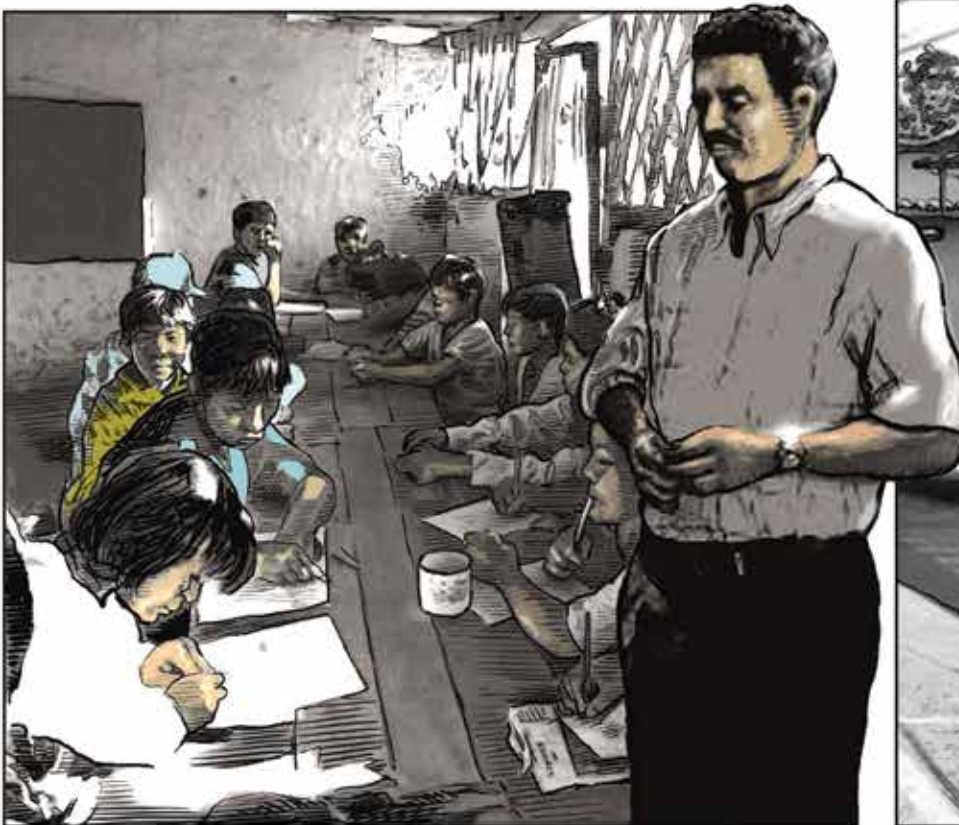
No podía traernos nada. Éramos muy pobres.



Mi padre es un hombre que siempre ha luchado por superarse en la vida. Su trabajo, aún soltero, era de vendedor de carne, de pueblo en pueblo, de caserío en caserío.

Pero, como tenía una buena educación básica, consiguió un trabajo de maestro de escuela en un caserío llamado Los Rastrojos, cercano a Sabaneta, en el estado Barinas.

Es así como tiene que mudarse a una casita del pueblo...



Al frente de su nueva vivienda quedaba una casa muy grande de techo de palma, donde vivía una joven llamada Elena Frías.

Así conoció a mi mamá. Se enamoraron...



Mis padres tuvieron siete hijos: Adán, que es el mayor; luego vengo yo; después vienen Narciso, Aníbal, Argenis... Enzo, quien murió de una terrible enfermedad, la leucemia; y por último Adelis, el menor.

...Y se casaron.



Yo nací el 28 de julio de 1954 en Sabaneta, estado Barinas.



Después en la casa...

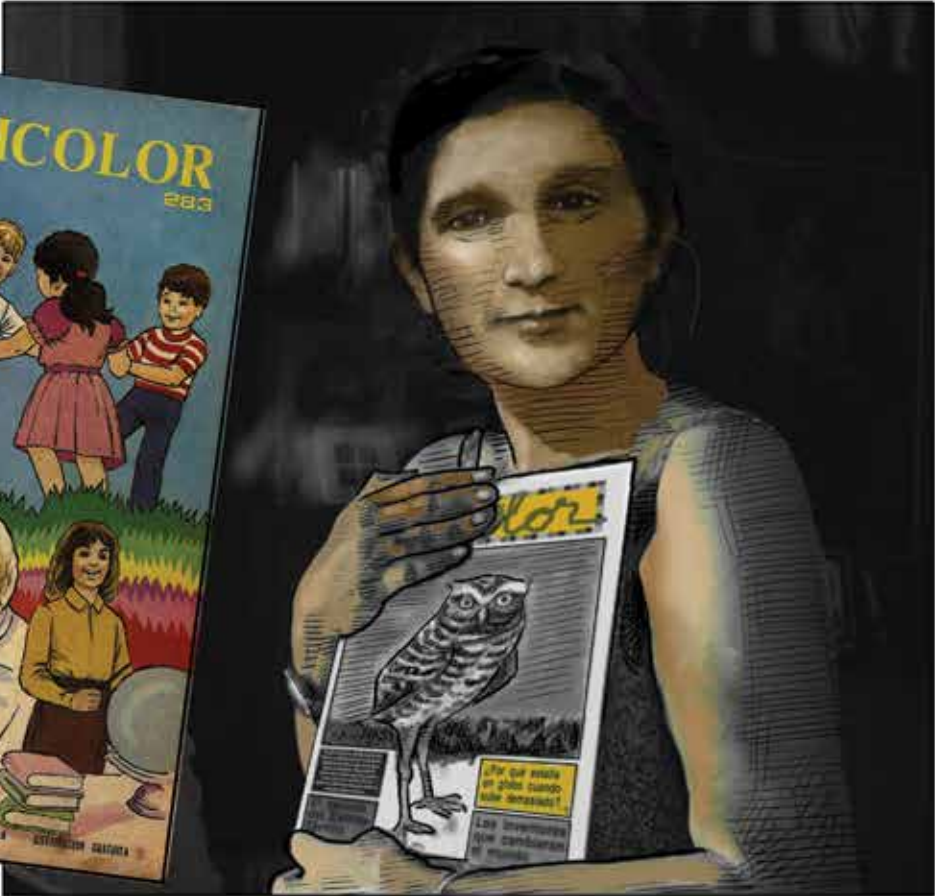
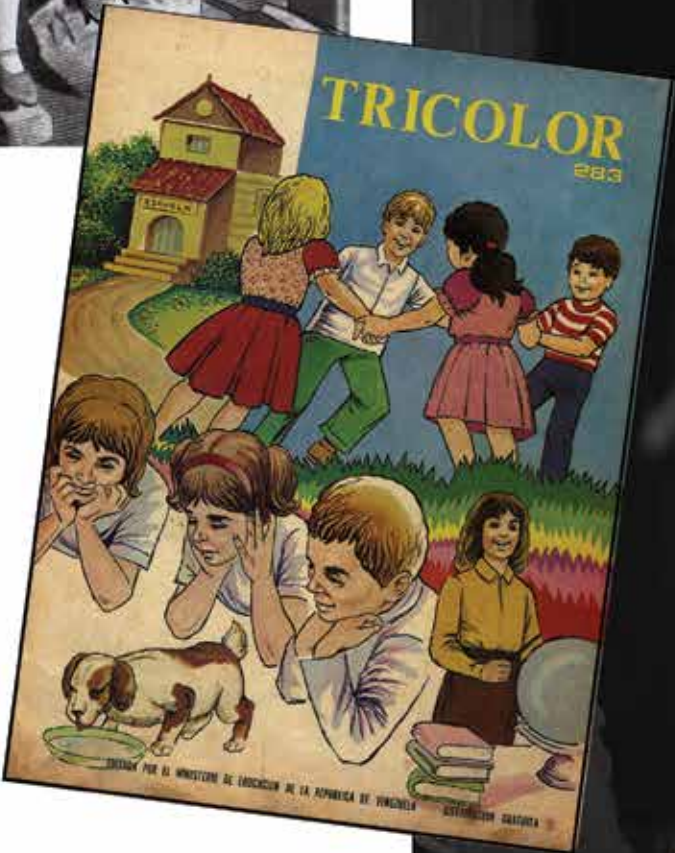


Mi abuela Rosa Inés Chávez era muy bella.

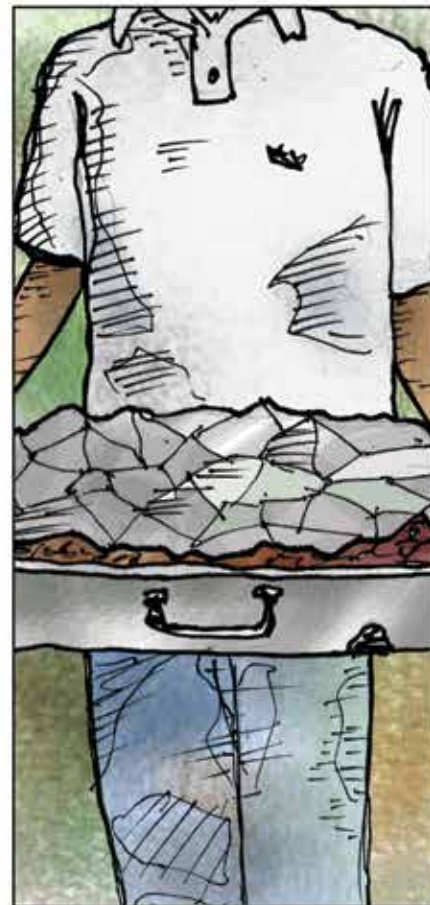


Mi abuela se encargó de mi crianza, mientras mis padres trabajaban. Esos años de infancia con mi abuela me nutrieron de conocimientos.

Ella me enseñó a leer con la revista *Tricolor*, una revista para niños que se publicaba en aquellos años.



Sabaneta era un pueblo pequeño. Allí estudié la primaria, en el Grupo Escolar “Julán Pino”... Y vendía las arañas que hacía mi abuela.



Mientras yo estudiaba, mi papá también se preparaba. Todos los años iba a Caracas, a hacer cursos en el Instituto de Mejoramiento Profesional del Magisterio. De esa manera obtuvo su título de maestro.





Así, cuando llegué a quinto grado... ¡Me tocó mi papá como maestro! Él era muy estricto.

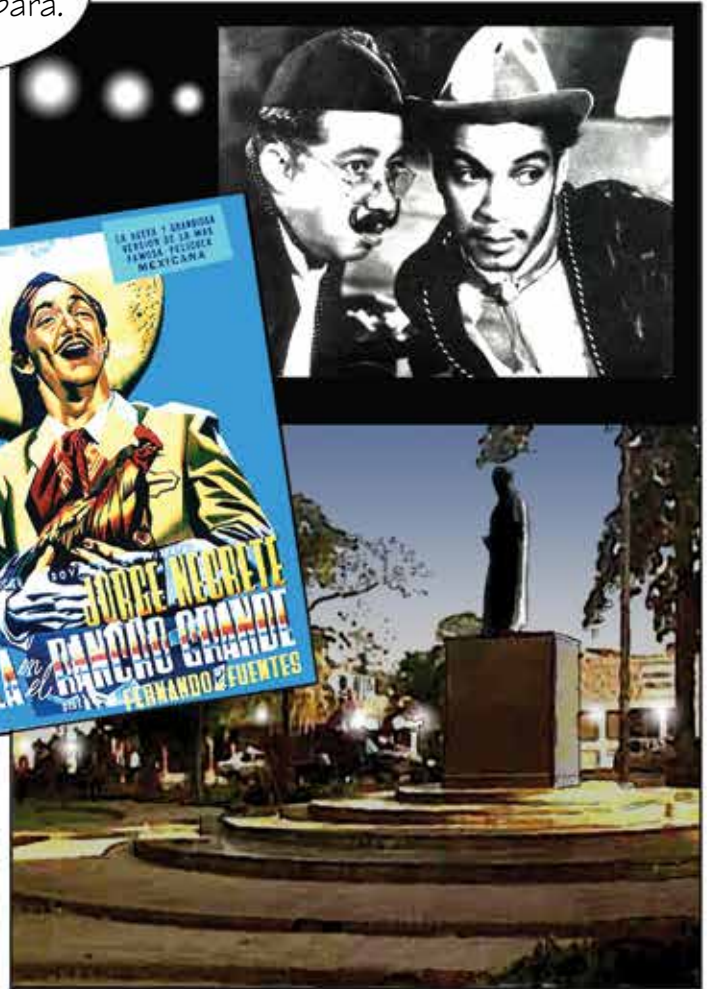
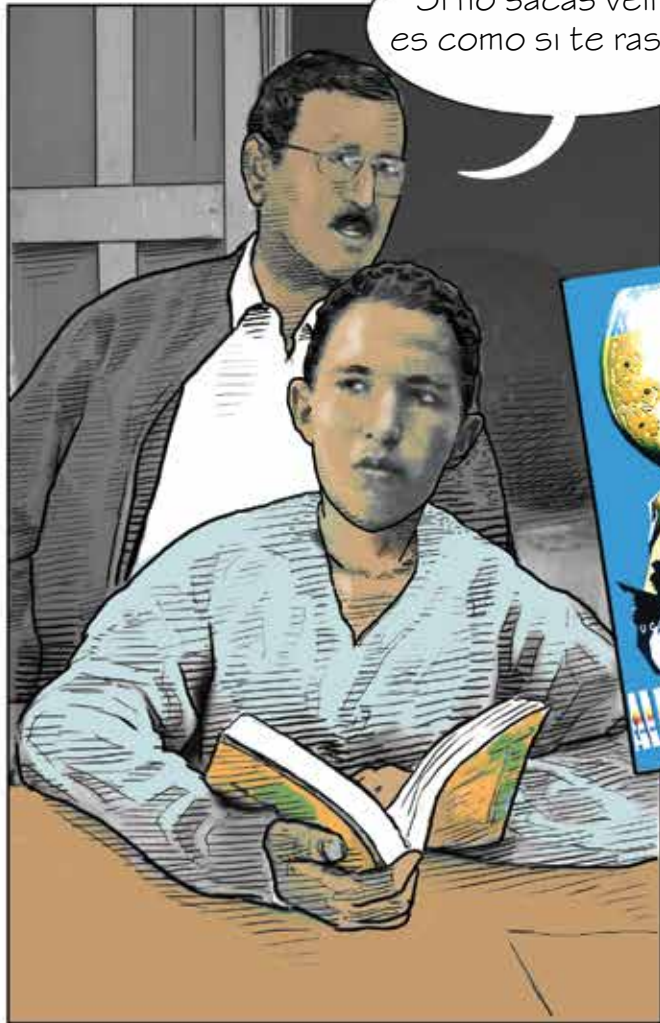
16 de Septiembre 1964



Fue mi año más duro.

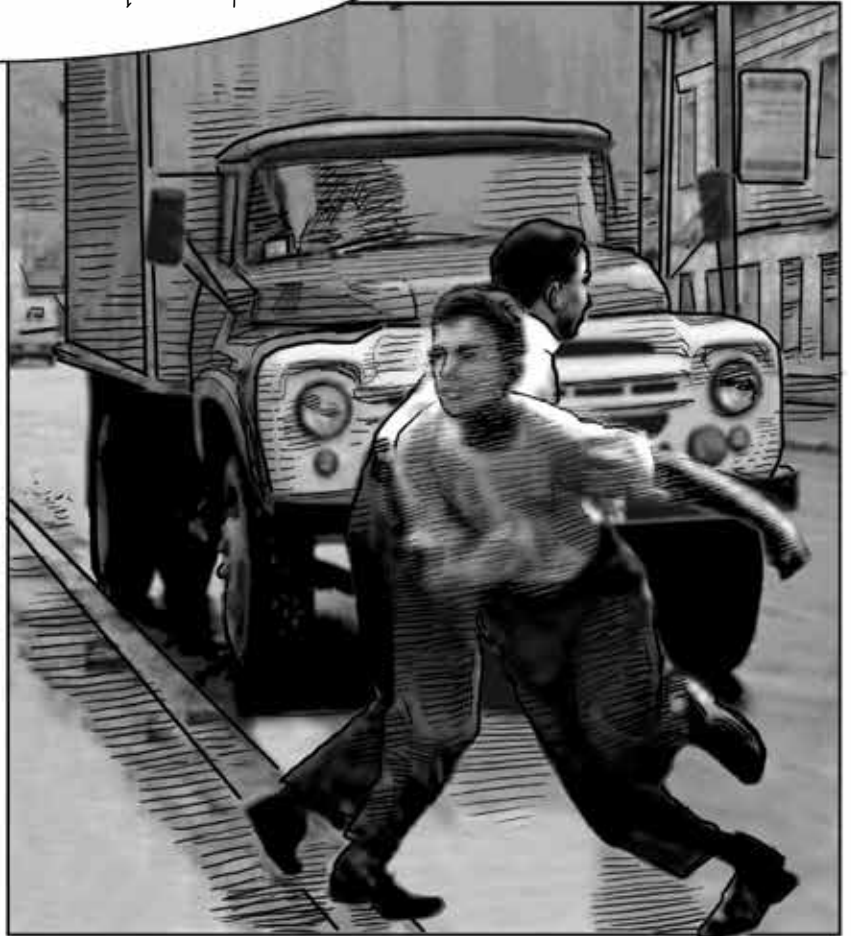
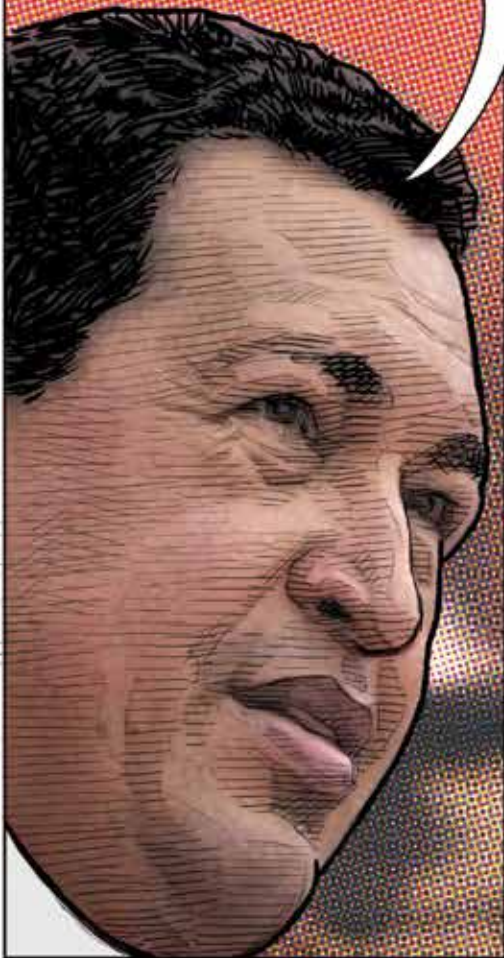
Si no sacas veinte, es como si te raspara.

Pero todos los sábados nos llevaba al cine a todos los hermanos.



Eran las distracciones que teníamos en Sabaneta. Por cierto, fue allí donde tuve un accidente que después me causaría muchos problemas. Era Día de Reyes, Adán y yo íbamos al restaurante del musiu Sanetti a gastarnos nuestro regalo: un real para cada uno, la mitad de un bolívar de aquella época.

Venía un camión. Corrimos, yo tropecé y me golpeé la nariz con el filo de la acera, quedé desmayado, sangrando.



A mi mamá le fueron a decir que un camión me había matado. Me recuperé, me curaron, pero me quedó una desviación del tabique que me producía hemorragias, y años después me operaron en la Academia.



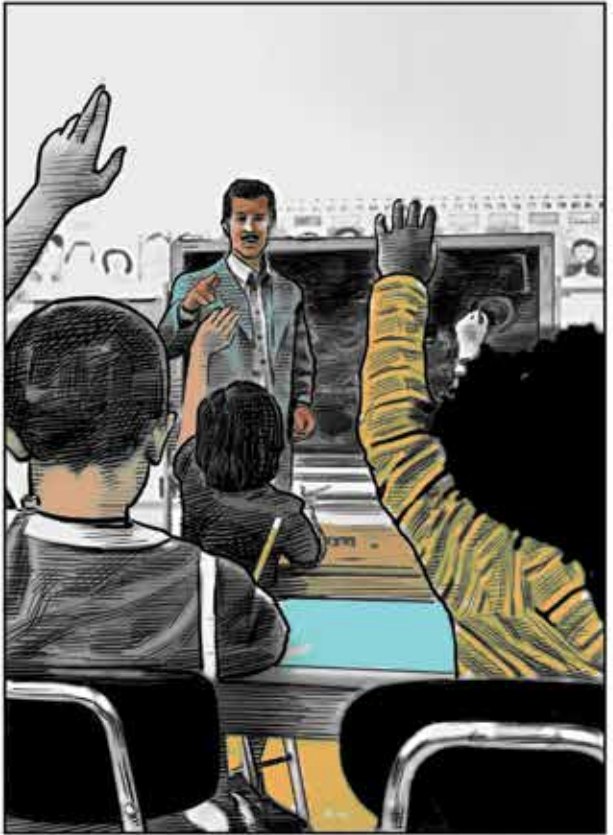
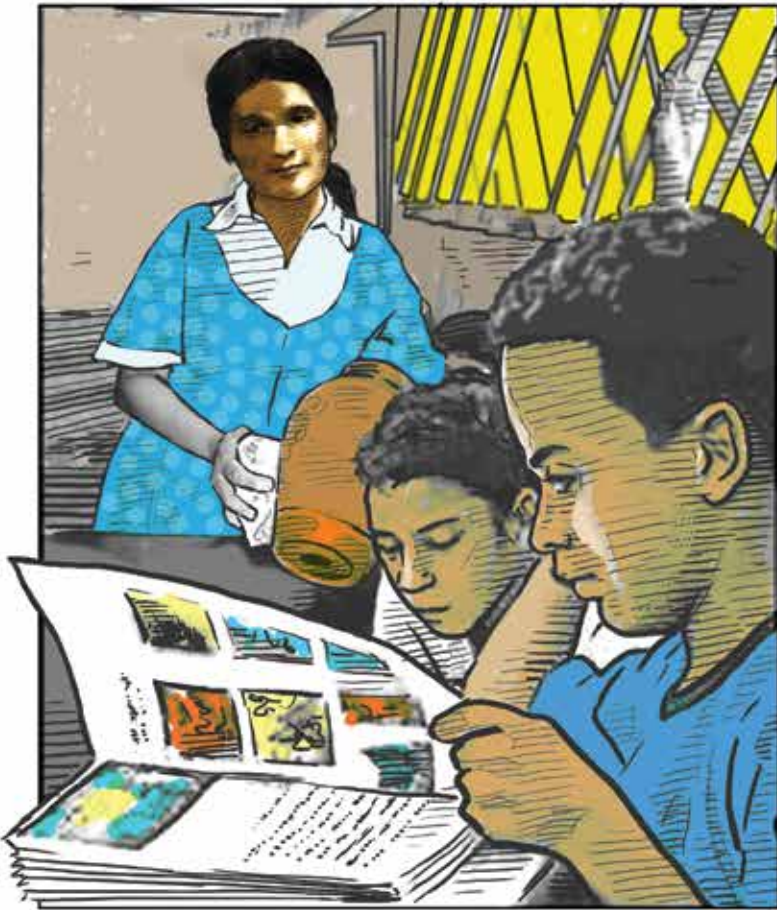


Sabaneta era un pueblo pequeño. Solo se podía llegar hasta sexto grado en su escuela. Uno tenía que irse a Barinas a estudiar bachillerato.



Papá compró una casa en Barinas. Allí vivimos la abuela Rosa Inés, Adán y yo, los que estudiábamos bachillerato. La abuela nos cuidaba.

Mi papá se mudó a Barinas cuando lo nombraron maestro en un grupo escolar de esa ciudad. Después vinieron mi mamá y mis otros hermanos. Nos volvimos a reunir.



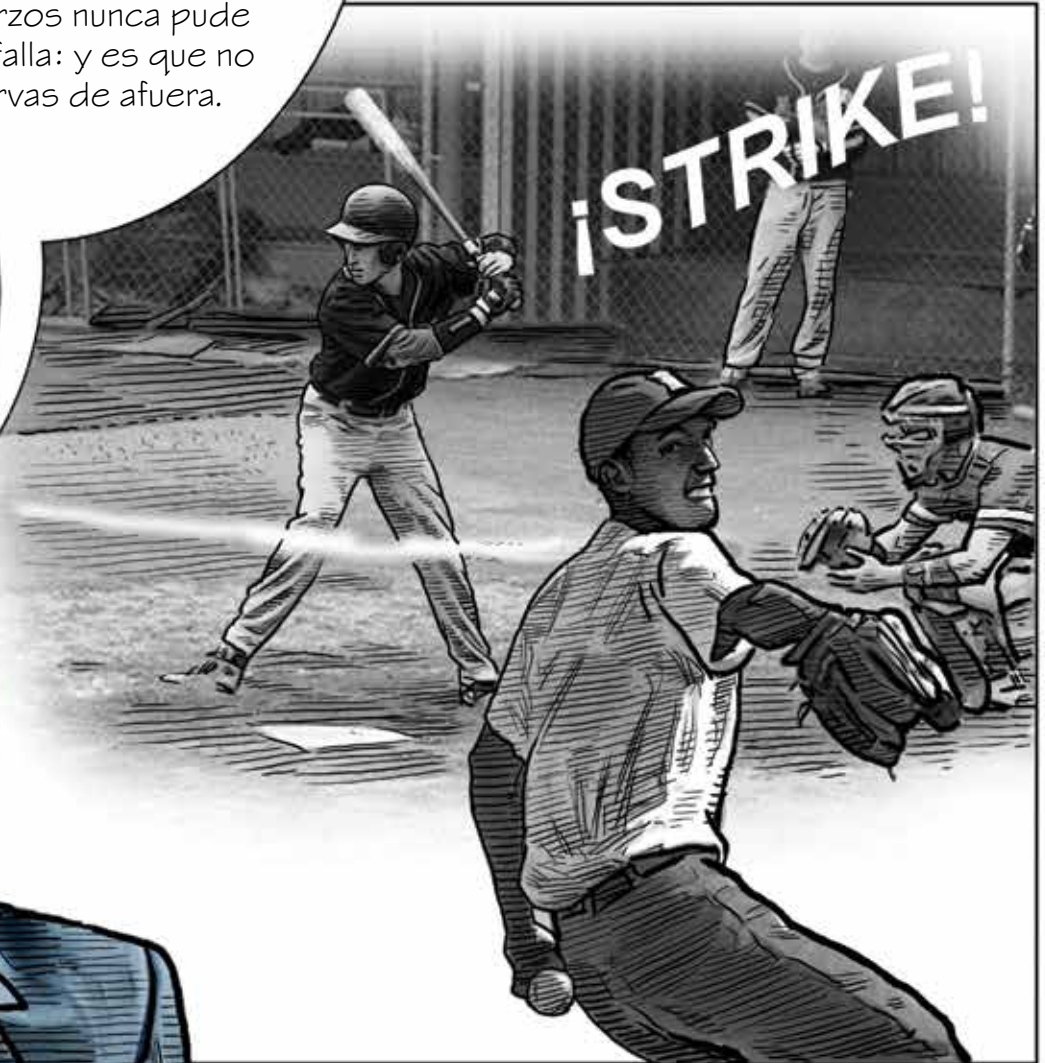
Llegué al liceo “O’Leary”... Llegué asustado: iba a mi primera clase en bachillerato.



Yo era lo que se llama un “venaíto”, un niño campesino en la ciudad. Poco a poco me fui adaptando con mis compañeros y también con los vecinos de la urbanización donde vivía.



Con ese grupo conformamos un equipo para practicar beisbol, que era la pasión de todos. Yo jugaba siempre como pitcher y me la pasaba practicando, hasta en mi casa, solo, con chapitas. Para mejorar mi bateo hasta me fabriqué un aparato para lanzar limones, que luego sustituí por ponsigués, una fruta más dura. Pero a pesar de mis esfuerzos nunca pude corregir una falla: y es que no bateaba curvas de afuera.



Me dediqué a mejorar mis lanzamientos. Esos entrenamientos me ayudaron mucho, pero creo que desde entonces abusé del brazo de lanzar.

Fui seleccionado varias veces. Jugué no solo para el liceo, sino también para el estado Barinas, en la liga junior.



El beisbol era una de las actividades más importantes en mi vida. Lo combinaba perfectamente con el estudio.



Así lo hice durante todo el tiempo del liceo.



Cuando yo pasé a quinto año, Adán se fue a Mérida a estudiar en la Universidad de Los Andes. Yo seguía jugando beisbol, que era mi pasión. Y realmente era bueno. Fui seleccionado dos veces: una, a los Nacionales Juniors y otra a los Juveniles. Gané dos juegos completos en esos campeonatos.



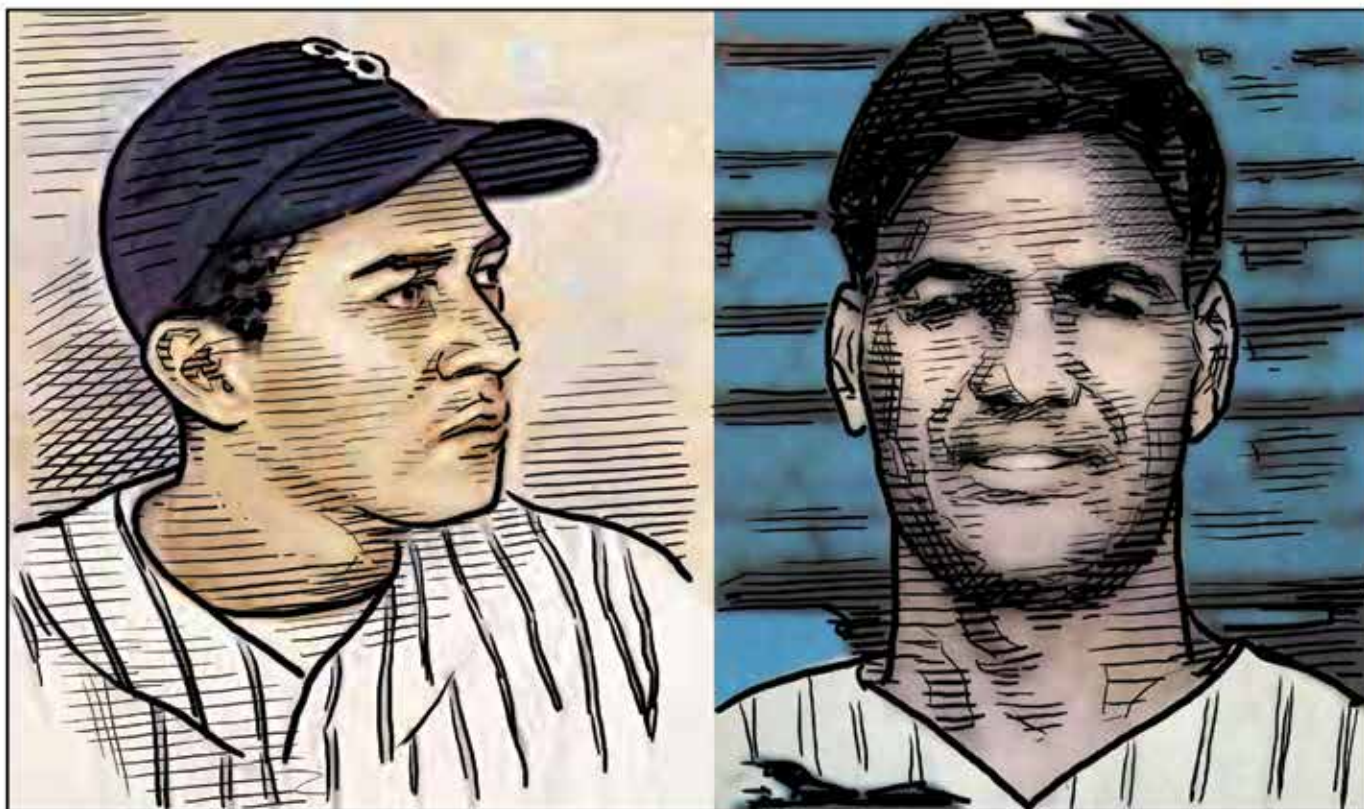
El beisbol, estudiar y una novia eran mis preocupaciones en esa época.

Tenía amigos en las organizaciones políticas, andaba con ellos, pero no milité en ninguna de ellas.





Cuando estudiaba cuarto año llegaron oficiales de las escuelas militares al liceo, promoviéndolas para que uno se inscribiera. En ese año, 1970, la Escuela de Oficiales se había transformado en Academia Militar. En ese momento no me interesó, pero un día vino de vacaciones un amigo mío de Barinitas, que estaba de cadete, y trató de que me inscribiera. Yo no estaba dispuesto, pero le pregunté si allí se jugaba beisbol. Me dijo que sí, y que los entrenadores eran nada menos que José Antonio Casanova y Héctor Benítez Redondo.



Casanova y Benítez fueron famosos jugadores de beisbol en los años 40 y 50. Jugar dirigido por ellos... ¡Eso era la gloria!



Días después llené la planilla y la entregamos en el Cuartel de Barinas. Allí presentaría mi primer examen. Salí bien.



El beisbol me había inclinado hacia la Academia Militar. Tenía además que ir a Caracas a presentar los exámenes de admisión restantes, pero tenía un problema... me habían raspado química con cero ocho y tenía que reparar la materia. De todas formas me fui a Caracas con la determinación de entrar a la Academia a pesar de todos los obstáculos.



Presenté el examen de admisión. Salí bien, pero la química raspada era un problema. Sin embargo, me dijeron que había posibilidad de entrar si era deportista, y les dije que jugaba beisbol. Reunieron a los aspirantes que teníamos materias aplazadas en el patio de armas, y seleccionaron a los que jugábamos beisbol y nos dieron uniformes. Nos iban a probar en un juego.



Estaba emocionado. Al ir al campo vi a los entrenadores a lo lejos. Eran los héroes del beisbol quienes allí estaban.



Me pusieron a lanzar y... ¡Fue un fracaso! Lancé unos piconazos y me sacaron.

Yo había abusado del brazo, había lanzado un juego en Barinas y no respondía. Pero Benítez decidió darme otra oportunidad.



No me fue mal.



Me pusieron a batear... Pegué tres líneas.



Tú sirves para el beisbol, te vamos a meter en la lista.



Resulté ser un buen bateador y receptor. Pero sobre todo gané el cupo en la Academia.

Había sido seleccionado y debía estudiar para pasar la materia que me había quedado aplazada. Regresé a Barinas y le puse empeño, recibí clases particulares... Saqué catorce y pasé la materia.





Ingresé en la Academia Militar el 8 de agosto de 1971.



La vida de cadete era dura, exigente en cuanto a los estudios. Teníamos un nuevo plan de estudios muy completo y salíamos bien preparados.



Era también exigente en educación física...



Y rígido en cuanto a disciplina.



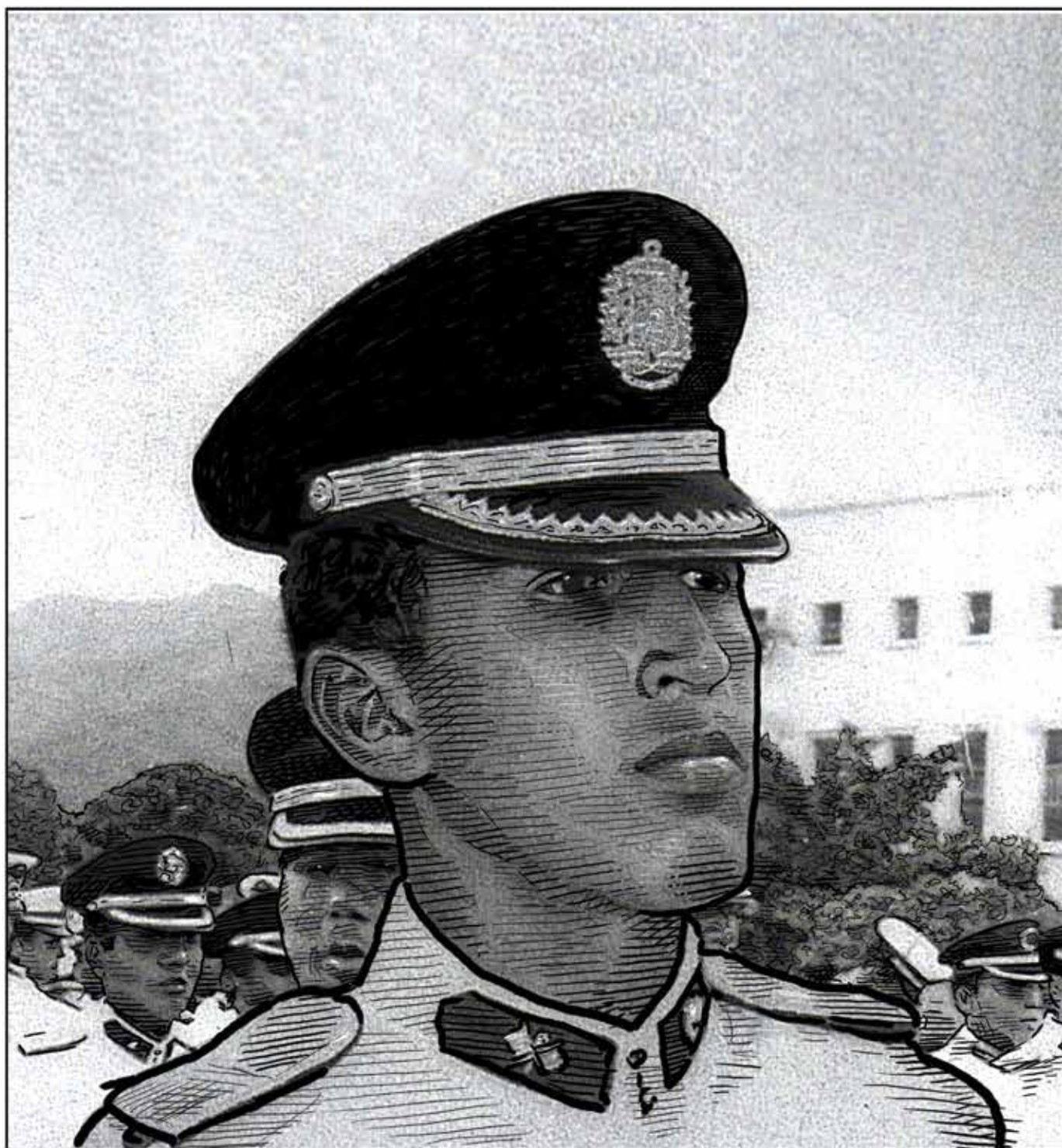
Las primeras semanas pasé mucho trabajo, porque soy zurdo, y en el comedor me obligaban a usar la mano derecha; me temblaba la mano, se me botaba la sopa, mojaba la camisa, el mantel. Me castigaban y tenía que lavar todo.



Yo aguantaba, estaba decidido a ser militar. Sin embargo, cuando estaba en segundo año estuve a punto de pedir la baja. Pero en vacaciones hablé con un amigo, José Esteban Ruiz, quien me aconsejó: “¡Cómo se te ocurre! ¿La baja? No vale, si tú eres una muchedumbre en la Academia, sigue adelante”. Hablamos mucho y me regaló un librito de Plejanov: *El papel del individuo en la historia*, que me interesó bastante. Yo ya tenía el hábito de la lectura, leía sobre historia militar, sobre Bolívar, todo sin dejar de jugar beisbol.

En mi vida de cadete viví fuera de la Academia tres experiencias muy importantes: primero fue el derrocamiento de Allende; me impresionó la actuación de Pinochet y los militares, cosa que repudí en mi interior; después me seleccionaron, junto con otros cadetes, para ir a Perú en los 150 Años de la Batalla de Ayacucho, y allí vi cómo los jóvenes oficiales hablaban con entusiasmo de la revolución nacional del general Juan Velasco Alvarado. Él nos regaló a cada uno de nosotros un librito azul con alguno de sus más importantes discursos, se me comenzaron a abrir los ojos. Y en Perú conocimos al general Omar Torrijos, que simbolizaba otra conducta, otra manera de ser de los militares.





En julio de 1975 fue nuestro acto de graduación. Recibimos el sable de manos del entonces presidente Carlos Andrés Pérez, quien estaba en su primer período de gobierno. Todos juramos ante la bandera fidelidad a la Patria. Yo me tomé muy en serio esos juramentos. Y ese día aquel niño de Sabaneta, humilde, campesino, se había convertido en un oficial del Ejército de Venezuela.

Mi carrera militar comienza en Barinas. Como subteniente me mandaron a La Marqueseña, una hacienda muy grande de mi estado natal. En ese hato había un pelotón antiguerrillero del Batallón de Cazadores “Manuel Cedeño”.

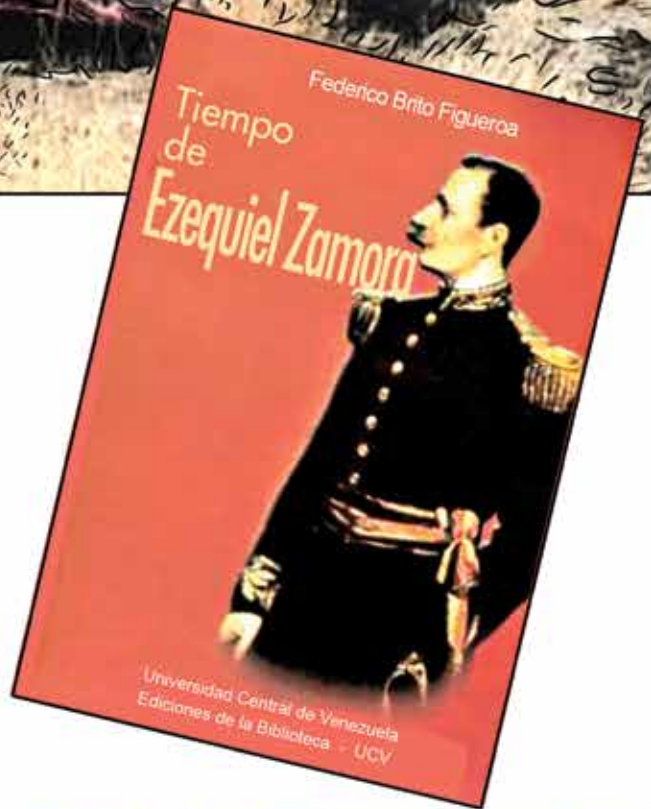


Asumí como oficial de comunicaciones al frente de ese pelotón. Allí debíamos proteger una gran antena del Comando de Operaciones Conjuntas. Ya en ese momento no quedaban guerrilleros allí. Cerca, al parecer lo que quedaban eran las tumbas de unos guerrilleros.





Encontré un carro que, según me dijeron, servía de enlace a los guerrilleros. Allí lo que encontramos fueron algunos libros. El que me interesó no estaba allí, sino en un estante, entre los libros que había dejado el oficial al que sustituí: era uno titulado *Tiempo de Ezequiel Zamora* del profesor Federico Brito Figueroa. Tenía tiempo para leer y reflexionar mucho.



Teníamos pocas acciones, aparte de mantenernos entrenados. En diciembre de 1976 salimos a investigar la muerte de unos campesinos por parte de unos presuntos guerrilleros. Encontramos una bodega saqueada y al bodeguero y su mujer muertos. Dudé que hubiesen sido guerrilleros, pero seguimos río abajo, por el Sanare.



Estuvimos varios días, pasamos la navidad en es montaña, nunca se supo quiénes habían sido. No había guerrillas colombianas en esa época por esos lados. Regresamos a fin de año.



Hicimos prácticas de tiro con troncos de matas de plátano que lanzábamos al río y yo controlaba el rendimiento de los soldados. Toda esa miseria, las guerrillas reales o supuestas, me hacían pensar. Tal era su inoperancia que poco tiempo después desmantelaron ese teatro de operaciones y trasladaron el batallón a Oriente.



Al Batallón
“Manuel Cedeño”
lo trasladaron
a Oriente, donde
poco tiempo
después, en 1978,
abrieron el Centro
de Operaciones
Nº 2, en San
Mateo, estado
Anzoátegui.



En esa zona operaba el Frente Guerrillero “Américo Silva”.



Estando en San Mateo, un día me llegó un coronel retirado que se identificó como de la DIM, con unos prisioneros campesinos, y quería pasar la noche. Le indiqué dónde podían quedarse.



Cerca de las diez, con la planta eléctrica apagada, escuché unos gritos y allí me fui. Vi cómo le están pegando a uno de los campesinos con un bate forrado con una cobija. El coronel argumenta que no quería hablar. Yo le dije que no podía aceptar ese trato. O me los entrega o se va, le dije. Discutimos y finalmente se fue. Después me informaron que uno de los campesinos se había suicidado. El coronel presentó un informe que me trajo inconvenientes, como si yo estuviera obstruyendo el trabajo de inteligencia.





Otra vez, estando en Barcelona, vi cuando bajaron de un helicóptero a unos soldados muertos y heridos. Uno de los soldados heridos me reconoció. “Mi teniente, no me deje morir”, y se aferró a mi brazo. Murió en el hospital. Ocurrió que un capitán patrullaba con varios soldados, pidió una cola a un camión de volteo, y en una curva le habían tendido una emboscada.



¿Qué diferencia había entre esos soldados y los guerrilleros que los mataron? Toda era gente del pueblo, humilde. Todo eso me confundió. No sabía qué hacer. Esta situación hizo que pasara del pensamiento a la acción, y hablé con dos sargentos de mi confianza y con tres soldados. Resolvimos formar un grupo llamado Eco.Lima.Papa.Víctor, que significa Ejército de Liberación del Pueblo de Venezuela. Era el 27 de abril de 1977. Nuestra primera acción fue enterrar unas granadas. ¡Era nuestro parque!

Sabíamos que debíamos hacer algo, pero no por la vía de la guerrilla. Aún nos faltaba camino por recorrer.



Poco tiempo después me ascendieron a teniente y me asignaron a Maracay como oficial de comunicaciones.



Supe enseguida que en comunicaciones no tendría oportunidad alguna, por lo que pedí mi cambio a blindados. ¡Era el poder! Me asignaron a esa unidad un año después.

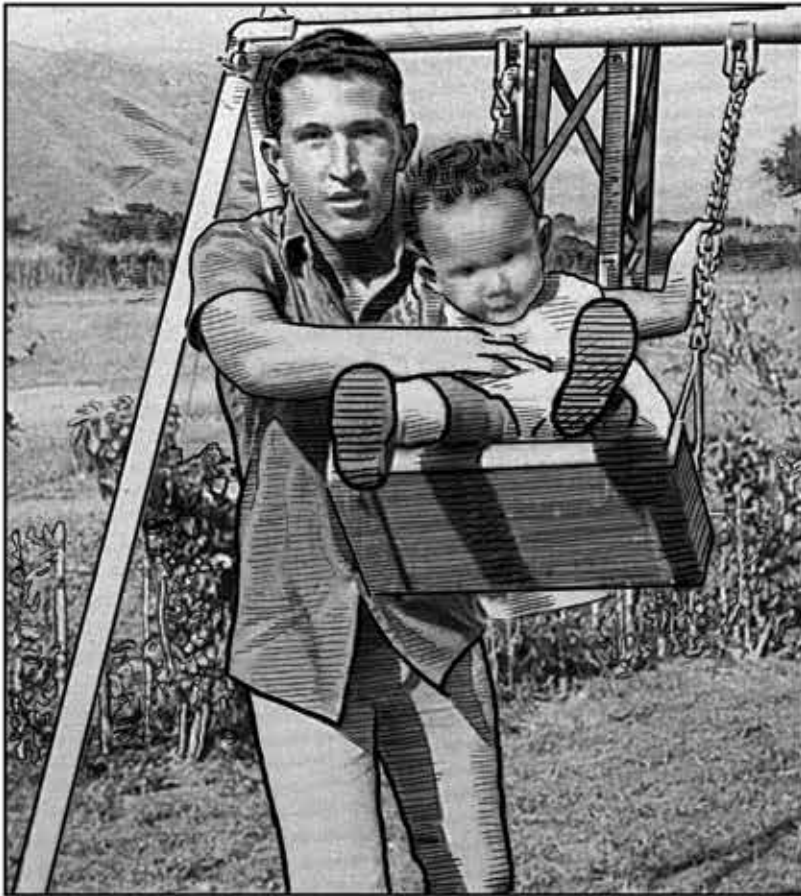


Mientras, en unas vacaciones en el 77, en mi camino como militar, me vi con Jesús Urdaneta Hernández en Maturín y conversamos. Una noche le informé del “Ecolimapapavíctor” y quedamos en que seguiríamos hablando. En Barinas me reuní con Adán, quien ya era un cuadro del PRV, y hablamos de política. Me sugirió que contactara con Douglas Bravo, el jefe guerrillero más conocido en ese momento.



Más adelante me entrevisté con él, y mantuvimos una relación fraterna por dos o tres años. Después me fui alejando, consciente de que su mensaje no llegaba a la Fuerza Armada.





En septiembre de 1978 nació mi hija Rosa Virginia. Me había casado con Nancy el año anterior. Un año antes de ser llamado a ingresar como instructor a la Academia Militar nació mi segunda hija, María Gabriela, el 12 de marzo de 1980. En septiembre de 1983 nació mi tercer hijo, Hugo Rafael.

Mi regreso a la Academia Militar fue muy importante para nuestros proyectos. Llegué en 1981, como oficial de planta. Tenía bajo mi dirección a varios cadetes. Hablaba con ellos en grupo e individualmente. Fue un trabajo paciente, de reavivar sus valores esenciales. Yo sentía un dilema: tenía ese impulso político, esa pasión por Venezuela, y por otro lado el amor al oficio militar. Era una contradicción tremenda en ese momento.



No le veía salida, y una solución era pedir mi baja. Entonces hablé con José Esteban Ruiz Guevara y le planteé mis dudas.



Tú no te puedes ir de allí. Haga lo que sea por permanecer más tiempo. Siga, trabaje duro, hijo.

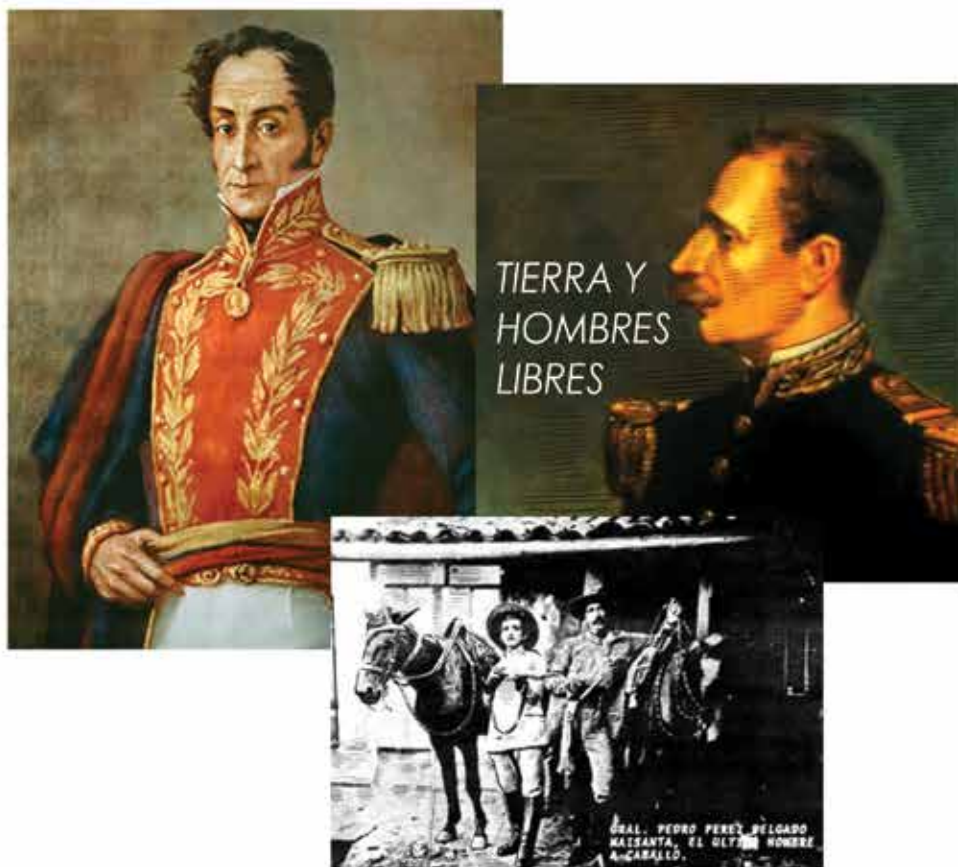
Esa sabia opinión, y los cadetes mismos, disiparon mis dudas. Acabé con el dilema, decidí que aquí me quedo y me juego todo con estos muchachos.



En 1982 fui ascendido a capitán y asignado como comandante de la Primera Compañía del Batallón de Paracaidistas "Antonio Nicolás Briceño" N° 42. Usaba por primera vez la boina roja.



Poco a poco había ido enrolando en un movimiento a muchos amigos con la conciencia de la necesidad de cambiar el estado de cosas en el país. Regalaba libros, daba charlas, regaba el pensamiento bolivariano, de Zamora y de Maisanta.



Compartía mi pasión bolivariana con muchos compañeros. Sería por eso que me invitaron a hablarle a la tropa el 17 de diciembre de 1982, aniversario de la muerte de El Libertador.

El oficial que estaba a cargo de la ceremonia me preguntó:




Ya no había nada que hacer y comencé mi discurso.

Y parafraseando a Martí enlacé la historia con lo que sucedía en el momento, toda una denuncia. Aquellas palabras, treinta minutos apenas, llegaron a la tropa con fuerza, pero crearon tensión en los oficiales.

Al terminar, el comandante nos llamó a todos los oficiales a una reunión, éramos unos cuarenta, y uno de ellos dijo: “Chávez habló como un político”. El mayor Ortiz Contreras defendió mi intervención y el comandante del regimiento, Manrique Maneiro, nos dijo: “No salga nada de aquí, anoche yo hablé con Chávez y me informó lo que iba a decir, y yo lo autoricé”.

Eso no era verdad, él lo dijo para calmar la situación, y asumió la responsabilidad.



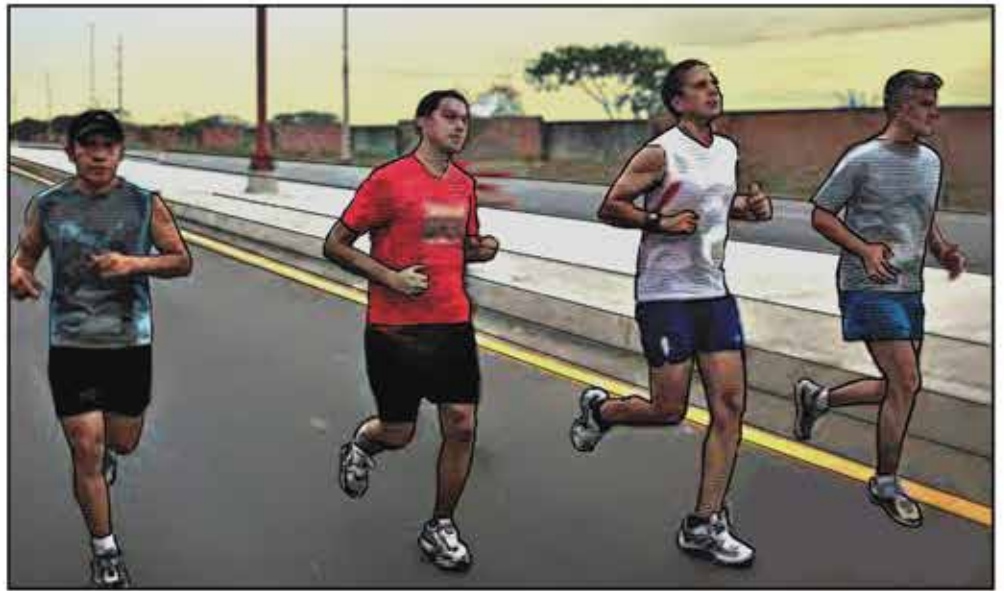
¿Cómo no va a tener que hacer Bolívar en la América hoy, con tanta pobreza, con tanta miseria, con tantos niños hambrientos, con tantos problemas sociales...?

Esa tarde nos fuimos trotando hasta El Samán de Güere: Urdaneta Hernández, Acosta Carles y yo. Después se nos unió el teniente Raúl Baduel. No había un motivo especial, pero mientras corríamos nos detuvimos frente al Samán a descansar.

Basados en el juramento que hizo Bolívar en el Monte Sacro, agregándole el lema de Zamora, “Tierras y hombres libres, elección popular y horror a la oligarquía”, yo los invité a trabajar, crear un movimiento, y a jurar al igual que Bolívar agregándole el lema de Zamora.

“Juro por el Dios de mis padres, juro por mi honor y juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma...”.

Nada solemne fue ese juramento, pero era el inicio de una acción imposible de detener.



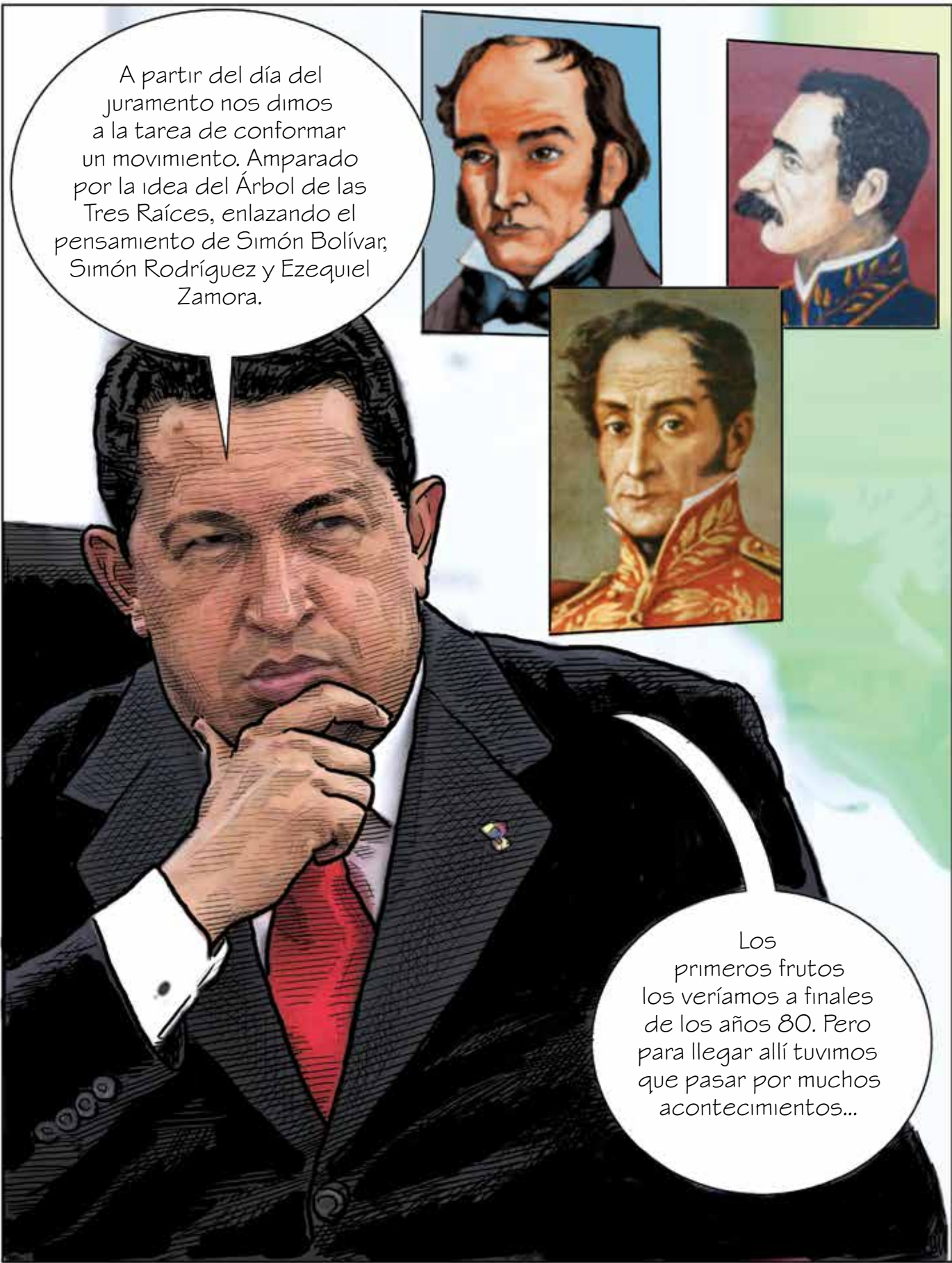
De regreso, en el casino de oficiales seguimos hablando del tema, y ahí mismo acordamos algunas medidas elementales de seguridad que aprendí de Luis Trejo. Si estábamos en un núcleo y uno tenía otro oficial amigo, no se podía comunicarle nada sin la autorización del grupo. Al día siguiente llegó Felipe Acosta al comando, en su carro deportivo.



Compadre, ya tengo otro muchacho, ahí está en el carro, un subteniente.

Catire, ten cuidado, todo hay que hacerlo con calma. No podemos equivocarnos.

Pero las normas sí se cumplían, apenas se cometieron errores. Nunca se infiltró un oficial de inteligencia, en diez años funcionó el sistema de seguridad, éramos muy estrictos.



A partir del día del juramento nos dimos a la tarea de conformar un movimiento. Amparado por la idea del Árbol de las Tres Raíces, enlazando el pensamiento de Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora.

Los primeros frutos los veríamos a finales de los años 80. Pero para llegar allí tuvimos que pasar por muchos acontecimientos...

Uno de los más importantes, para completar mi visión integral del país, fue el tiempo que estuve en Los Llanos. Yo trabajaba en la Academia Militar en 1985, y en una oportunidad llegó Ramón Carrizales, con quien había trabajado anteriormente. Él acababa de ascender a mayor y tenía que entregar el Escuadrón de Caballería Motorizada “Francisco Farfán”, en Elorza, estado Apure.



Bueno Hugo, te vengo a hacer una propuesta... me preguntaron a quién proponía para entregar mi escuadrón...

...y yo les di tres nombres: Hugo Chávez Frías, Hugo Chávez Frías, Hugo Chávez Frías... Así que te embromaste...



Déjame pensarlo...

Pensé en el Llano, en la Caballería y en la Academia. Al día siguiente llamé a Carrizales y le dije que aceptaba.

Y al otro día en La Carlota tomé un avión hasta Apure.



Llegué al escuadrón en pleno invierno, en agosto de 1985, a un sitio llamado Las Lagunillas, a unos diez kilómetros al sur de Elorza.



Allí terminé de descubrirme a mí mismo. Seguí el rastro de Maisanta, mi bisabuelo, huella que estaba fresca todavía en la memoria de los habitantes más viejos del lugar. La tía de una señora había sido liberada por Maisanta, raptada por un coronel del ejército del general Gómez.



Ay miijo, Dios lo bendiga, en esta casa tenemos tanto que agradecerle a su bisabuelo... han pasado más de sesenta años pero aún nos acordamos de sus buenas acciones.



Había hallado el rastro de Pedro Pérez Delgado, los recuerdos vivos de sus batallas y sus esperanzas.



Hasta me botaron mis moneditas.

También fue mi encuentro con los indígenas, los cuiva y los yaruro. Un día llegó una señora muy pobre, llorando porque unos indígenas le habían robado dos cochinos y otros objetos de valor. Eso me conmovió.



Seleccioné a quince soldados y me fui con un viejo baqueano...

Los vimos debajo de una mata de mango.



Vamos a rodear la mata de mango.

Uhm... eso es difícil, pero vamos a intentarlo.



Que nadie dispare si no doy la orden.

Fue como si hubieran salido veinte rayos de la mata de mango.



Mandé a los soldados a que se replegaran. No quería hacerles daño.



El grupo de indígenas huyó por el monte, pero una mujer cayó al río con su hijo en brazos.



La indígena con su hijo, luchaba contra la corriente...



Por supuesto ordené que se les dejara salvarse.





Me dejé crecer el cabello y fui en expedición con la profesora Arelis Sumábila. Conviví con los indígenas varios días, vestido de civil, aprendiendo de ellos. Después regresé como militar e inicié un proceso de acercamiento que se consolidó con el tiempo.

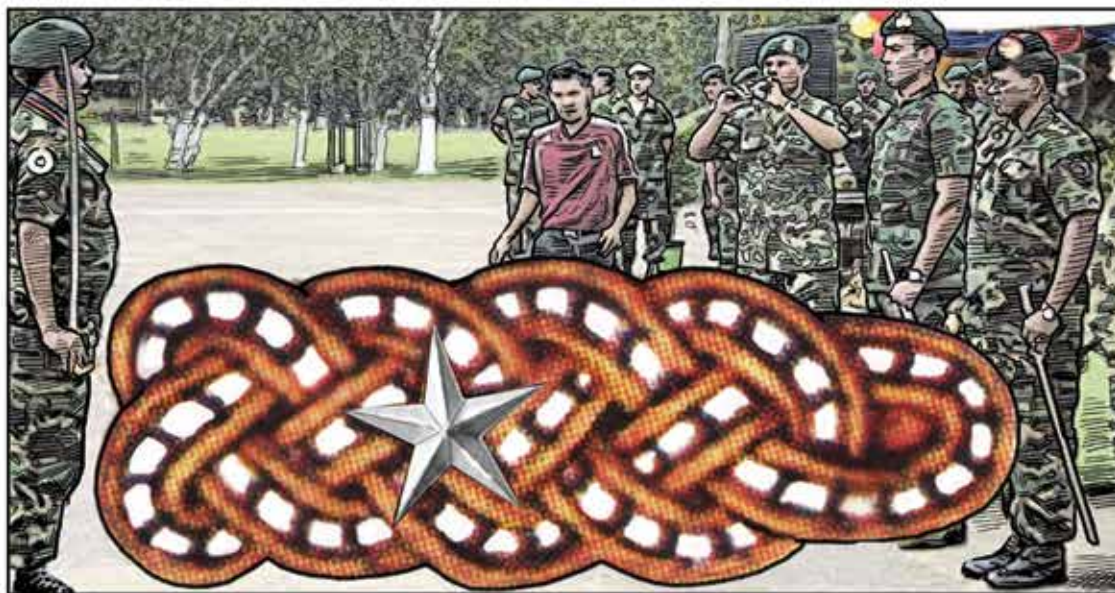
En Elorza continuó activo nuestro movimiento. Promoví encuentros, como el que tuve con Reyes Reyes. Recorrimos en esa oportunidad, a caballo, una siembra del regimiento que teníamos en la entrada del pueblo.



En la noche fuimos a las fiestas. Yo era presidente de la Junta de la Feria. Era 19 de marzo de 1986, fiesta patronal de Elorza.



En julio de 1986 fui ascendido a mayor.



Y salí de vacaciones, yo iba hacia Barinas, pero me fui a Caracas a operarme de un ojo; una operación ambulatoria que me hicieron en Fuerte Tiuna. Al salir un amigo me esperaba para llevarme a su casa a descansar. Después seguiría viaje a Barinas...



En el camino vimos un carro sospechoso detrás nuestro.

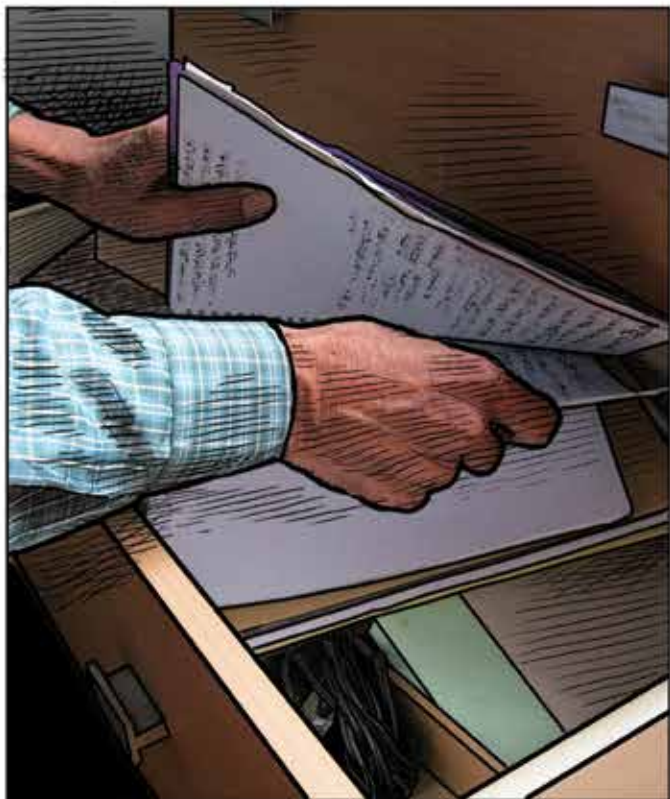
Dimos unas vueltas y los perdimos. Pero cuando llegamos a la casa donde iba a pasar la noche me dieron un mensaje en clave. Luego me llamó el mismo Aurelio, ayudante del comandante del Ejército, para decirme que nos seguían a mí y a unos cuantos más del movimiento. En ese momento decidimos quemar muchos documentos. Me quité el parche del ojo y me fui manejando hasta Maracay. Fui avisando para que se sumergieran todos y ocultaran lo del Movimiento.



Así llegué a Barinas y di instrucciones para que se quemaran todos los papeles que guardaba en mi habitación.



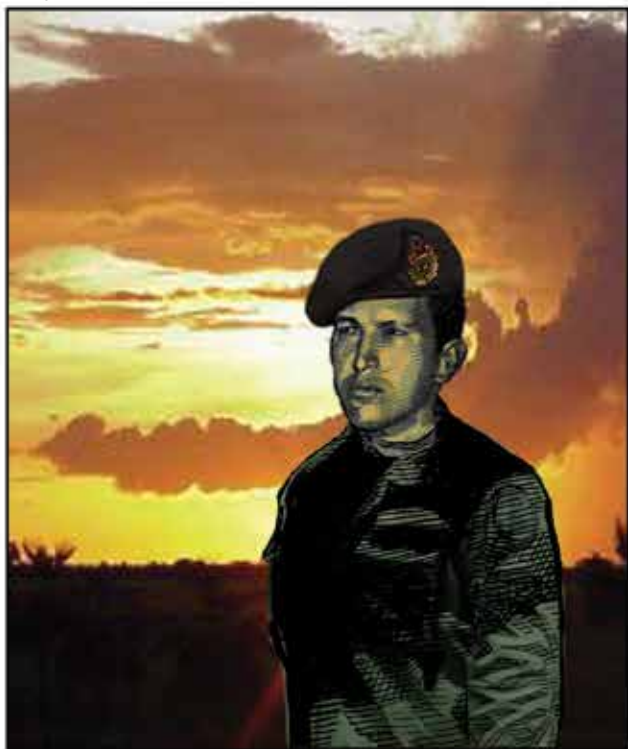
Al llegar los de Inteligencia no encontraron nada.



Pero hubo cambios. A mí me quitaron el comando al terminar las vacaciones.



Me dejaron sin nada, sin presupuesto, sin terrenos, sin hombres. Hablando con los fantasmas en las soledades del Cajón del Arauca.



Al final hicimos la unidad con diez soldados indígenas, sin recursos... Pero con vigilancia.



Tomamos una hacienda
y allí pasé más de dos años.



Un día el general Rodríguez Ochoa,
comandante de la División de Caballería
en Guárico, llegó a pasar revista.



Yo estaba
durmiendo
porque había
regresado tarde
de una misión.
Me puse una
franela verde,
unos pantalones
sucios y unas
botas llenas de
barro y salí a
recibirlo.



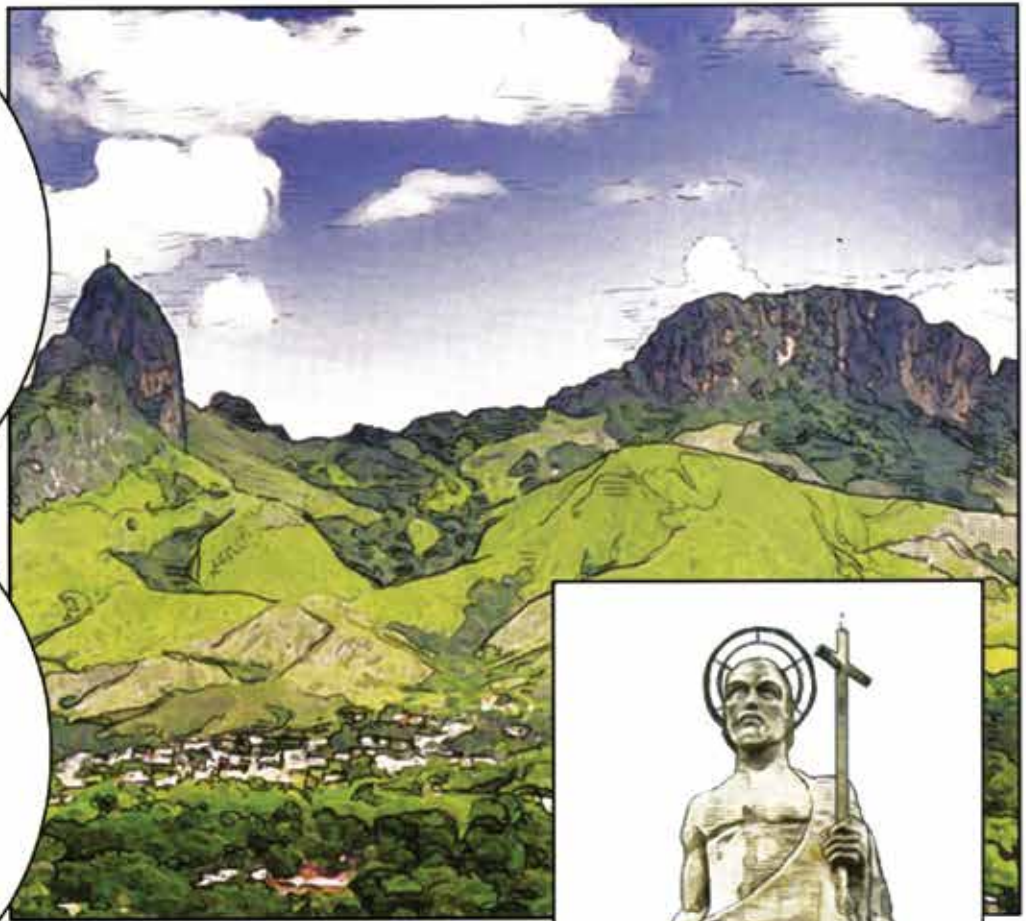
Al ver al general pensé que me había metido en un lío.





Seguimos hablando. Lo convencí. Él me conocía mucho. El caso es que de San Juan de Los Morros, donde estaba su comando, decide llamarme como su ayudante.

El general me apreciaba, y como sabía que yo tenía a mi esposa por allá, me dijo: “Los viernes te vas en la avioneta para que estés con ellos, y regresas el lunes”. Así fui varias veces a reunirme con mi familia.



Estuve con él en San Juan de Los Morros como dos meses. Aprendí el trabajo de ayudante, hasta me apliqué en el uso de la computadora.



Una vez me dijo en su despacho:

Chávez, vamos para Caracas, a Miraflores. Voy a la Comisión Nacional de Seguridad y Defensa, tú te vienes conmigo.



¡Del Cajón del Arauca al cajón del Guare en un momento!



300.000 ejemplares
este libro se terminó de imprimir en
el mes de junio de 2015
Guarenas - Venezuela



EN JULIO DE 1975 FUE NUESTRO ACTO
DE GRADUACIÓN. TODOS JURAMOS ANTE LA
BANDERA FIDELIDAD A LA PATRIA. YO ME
TOMÉ MUY EN SERIO ESOS JURAMENTOS.
Y ESE DÍA AQUEL NIÑO DE SABANETA,
HUMILDE, CAMPESINO,
SE HABÍA CONVERTIDO
EN UN OFICIAL DEL EJÉRCITO DE VENEZUELA...

